

ENRIQUE KUBLY Y ARTEAGA ⁽¹⁾

LOS DIOS CAÍDOS.

(FRAGMENTO).

V.

Huyen las sombras y la aurora avanza;
la luz alumbra y la verdad impera:
que por doquier el fanatismo estalle,
con rudo golpe la razón lo hiera;
¡pueblos oíd! que la ignorancia calle,
tended la vista y escasad la altura
dejando el polvo donde estais hundidos,
y entre rayos de la lumbre pura,
ídolos y amos hallaréis vencidos!

Dejad á aquellos que adorando ruinas,
sin ver que el tiempo de avanzar no deja,
hoy con la mente en el pasado gimen
cuando la sombra ante la luz se aleja;
idólatras de escombros que aun oprimen
como estandarte de glorioso ejemplo
que la razón con su poder no arredra
la rota estatua del dormido templo,
del viejo altar la ennegrecida piedra.

Dejad que entre las nieblas que circundan
la feroz terquedad de la ignorancia,
el idolo domine y la corona
brille soberbia en su falaz jactancia;
dejad que el humillado que blasona
de grande de la tierra, en su locura
la áurea cadena contra el pecho oprima,
y el esplendor adore que fulgura
el hombre majestad que ve en la cima.

Dejádlo, que talvez nunca los ojos
abra la luz que el universo inunda,
dejádlo: rezagado en el camino
no ve triunfante la verdad fecunda;
no ve de sus altares el destino
escrito entre nublados con la lava
de un hirviente volcán que nos conmueve,
que tanto ruge la conciencia esclava,
¡ la turba se alza, la razón se mueve!

(1) De ENRIQUE KUBLY Y ARTEAGA, no se conoce más que un poema: *Los Dioses Caídos*, que arrancó palabras de aplauso á Don Ramón de Campoamor. Ha sido un periodista de combate, de estilo fulgurante y arrebatao, que ha dejado huella profunda. Es autor de *El espíritu de rebelión* y ha dejado una novela y un drama inéditos. Fué Ministro del Uruguay en España y Diputado al Congreso nacional. Falleció en 1904.

VICTOR ARREGUINE ⁽¹⁾

CATONIANA.

A Daniel y Carlos Martínez Vigil,
Varones de virtud.

Triste generación nos ha tocado;
Época de cobardes transgresiones.
Nuestro cielo inmortal se halla nublado;
El culto de lo heroico profanado;
Sin fe en el porvenir los corazones!

Como la voz de Pedro el Ermitaño
Hace falta una voz que nos aliente;
Que al triste pueblo, ya al deber extraño,
Le desate la venda del engaño
Y le señale la fatal pendiente.

En esta edad servil y traficante,
Hija del desaliento y la mentira,
En que el deber se muestra vacilante,
Hace falta una voz que nos levante
Y hace falta el azote de su ira!

¿Se ha extinguido la raza luchadora,
La raza de los héroes legendarios,
Cuya sangre viril formó una aurora?
Enmudece la voz de nuestro ahora.
¡Desiertos han quedado los santuarios!

Primero, colosales paladines
Animados de bélicos deseos;
Después, tiranos, flores y festines;
Más tarde, bajas turpitudes ruines,
Y al fin, tan sólo, míseros pigmeos!

Son estas nuestras páginas!..... Primero
Las ansias infinitas de la gloria;
Después el odio fraternal artero
Y los reflejos del vivac guerrero,
Y en pos escombros, corrupción, escoria!

(1) VICTOR ARREGUINE hace tiempo que reside en la Argentina, donde se ha dedicado al profesorado. Nació en Montevideo, y desde temprana edad, sus inclinaciones literarias le llevaron al periodismo. Desde entonces ha colaborado sin cesar en la prensa diaria y periódica del Continente. Es autor de un tomo de versos, de una Antología de poetas uruguayos muy estimada y de un tomo de estudios sociales. También se ha dedicado á los estudios históricos. Su compendio de « *Historia Nacional* », hoy agotado, es muy buscado. Todas sus primeras composiciones en verso están inspiradas en un romanticismo hondo y subjetivo. Las escuelas decadentes atrayeron luego su espíritu, habiéndose formado desde entonces una manera personal, mezcla de modernismo y clasicismo. Sus versos se inspiran generalmente en pensamientos filosóficos.

¿Y puedes, vil generación presente,
Resignarte á tan mísero destino,
Sin que cruce sombrío por tu mente
Un relámpago lívido y ardiente
Que rasgue las tinieblas del camino?

.....

En esta edad servil y traficante,
Hija del desaliento y la mentira,
En que el deber se muestra vacilante,
Hace falta una voz que nos levante
Y hace falta el azote de su ira!

POESÍA.

Preparada tenía el mancebo La alcoba nupcial, Era un nido de tórtolas, bello Nacer del hogar.	En un cuadro de marco de oro Con bellos esmaltes Besándose el pico Dos palomas de níveo plumaje.
Las cortinas azules y blancas Ocultando el lecho, Parecían formadas con tenues Girones de cielo.	Semejaba el hogar, esperando Con grata ansiedad, El rincón más florido y sublime del mundo de Allah.
Perfumaba el ambiente un cestillo De rosas en flor; Y mentían ensueños ardientes Los rayos del sol.	Mas, ¡oh Parca, que agostas con rabia Las rosas en flor! Sin entrar al feliz paraíso La niña murió!
En la sala, en la mesa del centro, Velase un álbum; La cubierta ostentaba dos lirios En medio á los campos.	Y ya triste, abatido, enfermo El bello doncel, Destrozados sus sueños celestes, Perdido el Edén,
Y rompiendo el secreto guardado Con dulce candor, Un retrato mostraba los novios Hermosos los dos.	En la muerte, que es puerto sereno, Refugio buscó, Y volaron al cielo dos almas, Unidas los dos.

TARDE DE GRECIA.

A Antonino Lamberti.

Rosas de sangre, rojas rosas de llama,
Rosas que evocan bocas de amor ansiosas,
Que piden besos cuando el Sol las inflama,
Fieras amantes, encendidas y hermosas!

Pasa el amado de los blancos cabellos,
Anacreonte de cabellos de plata,
Y las amantes tienen rojos destellos,
Triunfan los himnos de la nota escarlata.

El viejo bardo tras los mirtos se aleja,
El Sol poniente se sumerge en los mares.....
Del prado vuelve fatigada la abeja
Con los postreros toques crepusculares.

EL POETA.

Flotan las naves y el mar
Luminoso se ve entero,
En cuatro versos de Homero,
El de más alto cantar.

Con relámpagos de estilo
Hace asaltar las murallas,
Y gana y pierde batallas
En cuatro versos de Esquilo.

Dante, que su pincel moja
En fuego, erige en un verso,
Como en un rojo Universo
A Dite, la ciudad roja.

El poeta es el resumen
Del artista: fuego y luz.
El misterio de la cruz
Es la roja flor del numen.

¿Qué otra cosa que poetas
De muy alta inspiración
Y valiente corazón
Fueron todos los profetas?

Hasta el áspero Mahoma,
Todo fuego, fiero león,
Ve bajar la inspiración
Con dos alas de paloma.

Y hasta la humilde gramilla
Que el ganado pisotea,
Da como una blanca idea,
Una blanca florecilla.

Banderas, pueblos, edades,
Van á lo desconocido,
Ni escombros de las que han sido
Muy populosas ciudades,

Quedan en la dura tierra:
Todo el tiempo lo devora;
Cada instante, cada hora
Algo del pasado entierra.

Pero el poeta, el artista,
Cual mágico prodigioso,
Hace surgir armonioso,
Ante la atónita vista,

Cuanto en el pasado fué:
Los ídolos que cayeron
Y los pueblos que rindieron
A los ídolos su fe.

.....

Todo verso, en su sencilla
Estructura debe ser
Algo como la semilla
De que un árbol va á nacer.

El poeta debe dar
Flor de genio: así el gran sol
Da su espléndido arrebol,
Así da perlas el mar;



BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA ⁽¹⁾

IMELDA.

¡Oh llama de amor viva,
cuán tiernamente hieres!
San Juan de la Cruz.

Valdipietra, Valdipietra,
tu nombre debe ser otro,
llámate valle del cielo,
valle del amor hermoso,
desde que la dulce Imelda
quiso en tí poner sus ojos.

— «Madre, una niña ha llamado,
angelical es su rostro,
cual si fuese mensajera
de nuestro divino Esposo».

Abren las puertas del claustro
las monjas con alborozo,
y ven entrar á la niña,
que ante la madre, de hinojos
cayendo, así la requiere
con acento candoroso:

— «Madre, yo quiero ser monja:
¿quereis recibir mis votos?»

— «Niña, es santo tu deseo,
pero tus años son pocos;
quédate á esperar el día
de tus anhelos devotos,
el convento te recibe
como una prenda de gozo».

Vive Imelda eutre las monjas,
y con ella los coloquios
lentos de gracia se elevan
siempre al cielo y al Esposo.

Cuando los pájaros cantan
entre la fronda sus gozos,
Imelda suspira y dice:
«El canto del cielo es otro».
Cuando las flores que esmaltan
el huerto, sus deliciosos
olores exhalan, dice:

«Mi perfume amado es otro!»
De noche á los astros vuelve
los dulces hermosos ojos,
y sus ansias les revela:

«Astros puros, luminosos,
que acaso veis en el cielo
al Esposo que yo adoro,
dadme vuestra luz, que vea
lo mismo que veis vosotros».

Mientras comulgan las monjas
dice Imelda entre sollozos:

— «Madre, me mata el deseo,
dadme á Jesús, os lo imploro».

— «Ámalo, niña, y espera,
Que aun tus años son pocos».

— «Mi corazón es inmenso
(replica Imelda); yo adoro
á Jesús, soy toda de él,
como él es para mí todo».

En vano implora á la madre
y en vano sus ardorosos
ruegos dirige á las monjas

(1) BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA, es un talento complejo. En su completa desvinculación de escuelas y tendencias, resulta un caso típico para nuestro medio intelectual, donde su individualidad literaria se destaca con perfiles vigorosos. Sin haber cursado estudios universitarios, sin más educación que la recibida en las escuelas del Estado, arrastrado por la dura ley del trabajo, niño aún, al interior de la República, sólo su afán de estudio, su voluntad de hierro y su hermoso carácter han podido hacer de él, un periodista, un literato y un erudito. Sus veleidades literarias arrancan desde la infancia. Su inclinación favorita se determinó por los cuentos de carácter local y artículos de costumbres. Su primer libro, *Charamuscas* (1892) presentado al público por el ilustre publicista Francisco Bauzá, y que mereció aplausos de la crítica, acaso, puede decirse que inició el género de los cuentos criollos. Siguió a esta primera obra *Cuentos del Pago* (1893); *Camperas y Serranas* (1894); colección de poesías que señalan una verdadera novedad en la literatura uruguaya y aún americana; *Antología Uruguaya* (tomo 1.º) *Prosistas* (1894) *Místicas* (1895) *Colección de poesías originales y traducidas*; *Colección de monólogos, diálogos y otras composiciones para recitar*, dos tomos (1896); *Uruguay*, colección

y á los ángeles custodios.
Se vuelve á Jesús entonces
y le dice: — «Dulce Esposo,
¿te negarás al amor
con que anhelosa te invoco?...»
¡Oh, sin igual maravilla,
que no es para humanos ojos!
Vuela en un nimbo esplendente
la hostia cual sol radioso,
y se detiene ante Imelda,
mientras las monjas en torno
se postran, reconociendo
de Dios el designio noto.

Imelda recibe al fin
la visita del Esposo;
ya no podrán separarse,
ya son el uno del otro;
Imelda le da su vida,
Jesús el cielo dichoso.

Del rosal dominicano
es primaveral pimpollo,
Imelda, la dulce Imelda,
á quien quieren ver mis ojos
cuando se abran á la luz
en el huerto deleitoso.

CHACARERA

Allá por Canelones
la tierra de los trigos,
y en una de las chacras
que miran al camino,
por donde comunican
Pando con San Jacinto,
nacida de canarios,
labradores, muy ricos,
hay una buena moza
de pelo renegrido,
trigueña, de ojos grandes,
de andar noble y altivo
y de lenguaje dulce
con dejo muy castizo.
Los padres le pusieron
Camila en el bautismo;
pero «La Chacarera»
la llaman los vecinos
y este nombre prefieren
por ser despreciativo.
En la región, no hay moza

que al ruedo del vestido
llegue á la Chacarera,
que baila de lo fino,
viste como una dama,
canta varios estilos,
y en formándose rueda
de prendas ó acortijos,
sabe decir primores
como doctor ladino.

Bien sus méritos saben
galanes presumidos,
que en bailes la asediaron
y que luciendo el pingo,
delante de su puerta
trillaron el camino;
pero mejor los sabe
un joven paisanito
de nombre Juan Antonio,
que vive en Solís Chico,
y por la Chacarera

de cuentos de autores contemporáneos, con notas críticas é ilustrativas (1896); *María della Gloria* (1898) drama escrito en italiano; *La Imprenta y la Prensa en el Uruguay de 1807 á 1900* (1900); *El comercio en el Uruguay, desde sus orígenes hasta la creación del consulado* (1901). Tiene concluido el 2.º tomo de la *Antología* correspondiente á los poetas, que ha precedido de unos apuntes históricos y críticos de la literatura del país; un volumen de estudios históricos y literarios, *Flores de Yuyo*, 2.ª serie de *Camperas y Serranas* y una colección de novelas cortas. Su carrera periodística data del año 1888, en que inició en *La Lucha*, diario callejero. Al año siguiente pasó á *El Bien*, donde permaneció hasta 1897, volviendo á ingresar en 1901 en calidad de redactor en jefe. En 1892 fundó la *Revista Uruguaya*, notable publicación que abandonó para emprender un viaje de estudio por Europa (Italia, Francia, Suiza y España). Fundó en 1900 la revista ilustrada *Rojo y Blanco* y dirige el *Boletín Bibliográfico Uruguayo*. Por lo demás, Fernández y Medina, ocupó el año 1897, el cargo de Secretario de la Jefatura P. de la Capital. Fruto de su estadia en ese puesto es su *Proyecto de Código de Policía* para la R. O. del Uruguay; en el año 1898 fué miembro de la Comisión Departamental de Instrucción primaria. Fernández y Medina, es uno de nuestros escritores más fecundos. A los 30 años, lleva escritos más de diez libros que la crítica en general ha aplaudido sin reserva.

exhala hondos suspiros
desde que una mañana,
cerca de San Jacinto,
la halló cuando volvía
de misa de domingo.

El mozo fué una tarde
á hablarla decidido;
apeóse del caballo
y se acercó intranquilo
á la ventana abierta
del lado del camino,
donde la hiedra había
su red entretejido
junto con madreselvas
de perfume exquisito.
Allí estaba Camila,
bordando en canutillo;
pero muy á menudo
mirando hácia el camino,
cual si esperara inquieta
un algo presentado.
Al ver á Juan Antonio,
turbóse y un suspiro
fué única respuesta
á su saludo tímido...
El mozo, más resuelto
y de la reja asido,
habló: — «Si usted perdona
mi atrevimiento, ansio
decirle que no puedo
vivir más como vivo,
desde cierta mañana
alegre de domingo,
en que encontré una reina
gloriando este camino.
Yo, reinas no merezco,
y así tan solo pido
que contemplarla pueda
lo mismo que un cautivo.»
Camila, ruborosa
responde: — «Si es amigo
el que á mi reja llega,
no puede ser cautivo,
y si es cautivo ahora
antes me fué enemigo...»
— «¡Enemigo! (interrumpe
el mozo conmovido)
si el sol puede tenerlos

ó nuestro San Isidro!...
pero ¡ay! tenerlos deben
los ojos renegridos
que hieren y se esconden
para mayor castigo.»
Los ojos de Camila
miraron con más brillo,
detrás de las pestañas,
y el mozo, enardecido,
creyó le prometían
su ansiado Paraíso...
Continuó balbuciente:
— «¡Dígame si conmigo
tendrán menos rigores
esos ojos que miro
como se mira el cielo?
Yo volveré el domingo,
y si en esta ventana
veo, desde el camino,
atado ese pañuelo
del color de los trigos;
diré que para mi alma
el sol habrá salido.
Vendré á ver á los viejos
y pronto, otro domingo,
al pueblo iremos todos
y al Cura, mi padrino,
le diré que bendiga
á la flor de los trigos
con este cardo seco,
y cuando aquel rocío
del cielo nos conceda,
yo no sabré si vivo
en el mundo, ó la gloria
me ha dado San Isidro...»
No respondió Camila
más que con un suspiro,
pero extendió la mano
al mozo, y encendidos
los dos se prometieron
un amor infinito.

Y cuando en la mañana
del próximo domingo,
pasaba Juan Antonio
con rumbo á San Jacinto,
flamear vió en la ventana
el pañuelo amarillo.

CAMPERA.

Su cara es trigüeña
Como pasto seco
Que quema en verano
El sol con su fuego;
Sus ojos muy grandes
Como pena, negros,

Viven por ladinos
En perpetuo encierro,
Y en la boca tiene
Un nido de besos
La linda morocha
Del pago del Cerro.

Igual á los ojos
Es el pelo negro
Y como cuajada
Tembloroso el seno;
El talle semeja
Junco del estero
Que al pasar agitan
Y cimbran los vientos;
Y andando parece
Que no pisa el suelo
La linda morocha
Del pago del Cerro.

En yerras y trillas,
Oleos, casamientos,
Velorios, cumpleaños
Y en todo festejo,
¿Quién lucirse puede
Si baila algun cielo,
Pericón ó polka,
Y dice sus versos
Con más intenciones
Que doctor pueblero
La linda morocha
Del pago del Cerro?

Si alguno la mira
Con ojos risueños,
Es cabresteadora
Y sigue el floreo
Como las potrancas
Al són del cencerro;
Pero ni á paisanos
Ni á mozos puebleros,
Ha soltado prenda
Ni admitido empeños
La linda morocha
Del pago del Cerro.

Libre, arrastradora,
Igual al Pampero;
Perdonando vidas
Y pidiendo besos,
Es reina en su pago
La que yo prefiero,
Proclamo y publico
A todos los vientos;
Linda entre las lindas
Como el gran lucero
La linda morocha
Del pago del Cerro.

PRIMAVERA.

«Verdea la esperanza en el valle; el viejo
invierno con paso lento en su debilidad cre-
ciente, se ha retirado hácia lo más áspero
de los montes.»

GOETHE — *Fausto*, parte I.

I.

Viejo el invierno al revés de los viejos,
Que siguen toda mujer como hermosa,
Huye á los montes, seguido de lejos
Por Primavera, la joven graciosa.

Brisas templadas los campos olean,
Descorre el cielo el oscuro nublado,
Y las cuchillas alegres verdean;
¡Grata ilusión del hambriento ganado!

Cantan los pájaros dulces canciones,
Las mariposas revuelan pintadas,
Y cual bandada de verdes pichones
Cubren los brotos las ramas peladas.

Abre la tierra el arado filoso
Y como en seno, en el surco fecundo
Recibe el grano del trigo precioso,
Germen del gran alimento del mundo.

En los viñedos resechos, nudosos,
Aun por la poda feraz doloridos
Salen cual flores los brotes sedosos
Que en uva y vino serán convertidos.

Y en las mañanas lucientes, serenas,
Cuando Natura sus himnos levanta,
Bulle cual savia la sangre en las venas,
Hierve cual sangre la savia en la planta.

Toda la vida es amor en la tierra
Y hasta el potrillo recién pelechado
Que no conoce el ardor de la tierra
Rezoza inquieto como enamorado.

Pronto ha de oírse el piar de los nidos,
Pronto será la estación de las trillas;
Y de las crías los tiernos vagidos
Escucharán el rodeo y las cuchillas.

II.

Reja por medio dos novios se miran
Hasta cegarse sus ojos llameantes,
De primavera las auras respiran
Y se enardecen sus almas amantes.

Es en la hora que el sol á la tierra
Da un largo beso de luz, al perderse
En las tinieblas detrás de la sierra,
Como si nunca volvieran á verse.

Vuelven piando las aves al monte
Y con las luces aun palpitantes
Luchan las sombras del turbio horizonte
Mientras se besan los novios tremantes.

HORTUS CONCLUSUS.

(DE D'ANNUNZIO).

Amor con lui parlavá del vostro grande orgoglio...
CINO DE PISTOJA.
L'alta bellezza tua è tanto nuova!
SENNUCIO DEL BENE.
Alma real, digníssima d'impero,
FRANCESCO PETRARCA.

Jardín cerrado, apenas entrevisto
ó contemplado de la verja al paso;
que nunca mano alguna al viandante
perdido abrió como en un sueño! Mudo
jardín y sin sepulcros cementerio
en donde vaga acaso un alma amante
tras de la sombra de perdidos bienes!
En la memoria esplenden paraísos
inaccesibles, á que el alma inquieta
aspiró con un ansia que fué ardiente
al través de las horas fugitivas,
de la luz de la noche de Verano,
en que las flores efundían secreta
virtud de sus sonrisas femeniles;
y las bellas manzanas que pendían
entre la fronda, puras cual la carne
virginal, parecía conservaban
en la pulpa sabores no terrestres
ni destinadas á mortales bocas;
y más blancas que nunca en el silencio
las estatuas miraban la profunda
paz y soñaban indeciblemente.
¡Qué misterio del gesto de una grande
estatua solitaria en un jardín
silencioso se expande en el crepúsculo!
Sobre las copas de cipreses rígidos

á que ciñen guirnaldas bellas rosas,
el cielo vespertino se platea
y las fuentes ocultas hablan bajo.
Blanquean en la sombra curvos coros
de mármol, hoy desiertos, donde jùntanse
en concilio los últimos poetas;
tenue sobre las ramas florecidas
pasa la luna nueva su guadaña,
en la sombra las fuentes secretéanse,
las estrellas, de á una, raras surgen.
Un cisne, en movimiento lento hiende
el lago que es del cielo pura imagen,
(¿el deseo lo enciende todavía
de amor humano? ¿queda en él memoria
de su lecho nupcial?) en el ligero
surco flutúa el velo de la antigua
Tindaris, y en las aguas resplandece
La luz extraña del antiguo mito.
Y visiones de amores sobrehumanos
surgen de vastos y cerrados huertos,
que una divinidad al extranjero
no abrirá coronada de jacintos,
para llevarlo hasta el misterio triple,
por florecidos laberintos altos,
cantando sus canciones inauditas.
Pero aquel, embriagado por perfumes
del corazón de rosas invisibles,
inclinado en el atrio, reverente,
y con un sueño no soñado nunca
en los ojos mortales, por la sombra
explora en el crepúsculo profundo
y confuso, el dominio silencioso
cuyo misterio ignora todavía.

Así os miré yo la vez primera
con mis ojos mortales. Vos, Señora,
para mí sois como un jardín cerrado.

MADRIGAL.

Disipados sus fáciles enojos,
Yo la miraba en los hermosos ojos!
Y una luz ví brillar en lo más hondo
De la retina, cual se ve en el fondo
De transparente y plácida laguna
El pálido reflejo de la luna.
— « Amor mío, la dije alborozado,
Del alma ya el camino está aclarado,
Por esa luz que tienes encendida
En los ojos que dan y quitan vida. » —
Ella sonrió, esquivando la mirada
A la mía, que cerca, apasionada
Buscaba aquella luz que se perdía
Como una estrella al despuntar el día...
Pero antes nuestros labios se encontraron
Y los ojos á un tiempo se cerraron.

NOCHE ÁRABE.

I.

La media luna en cielo azul
Los cuernos vuelve hácia un jardín,
Que se halla en lejano confín
De los dominios de Stambul.

Y mientras suena en un mues-
Eco postrero de oración, [zín,
Gazur hostiga á su bridón
Que al aire da la negra crin.

Cruza el desierto rumbo al Sur,
En busca del ansiado bien,
Dulce anticipo del Edén,
Que da el profeta al buen Gazur.

II.

Calada ojiva donde el sol
Versos trasluce del Corán,
Sirve de marco á Sumirán,
Hurí del más excelso estol.

Sus lindos ojos del color
Verde azulado de la mar,
Quieren las sombras alumbrar
Con los destellos del amor.

Un ave triste canto alzó
En la arboleda del jardín
Y Sumirán gozosa, al fin
Raudo galope oír creyó.

III.

La luna en su impasible plan
La posición, lenta cambió,
Y vuelta al mundo pareció
Un corvo alfanje musulmán.

Cesó de pronto el galopar
Y junto con humana voz
Oyóse de un bramido atroz
Eco tremendo resonar.

Después silencio.... Sumirán
Suspira y llora por su amor,
Mientras despide el ruiseñor
A las estrellás que se van....

¡OH LABIOS!....

¡Oh labios, que buskais en otros labios
el sabor sin igual de la manzana
que probaron los Padres la mañana
que tantos, les dejó, amargos resabios!

Oh labios, que lanzais cual profecías
palabras sin vigor y sin sentido
porque no os ha tocado el encendido
carbón que depuró los de Isaías.

Oh labios como los de la Gioconda
en que puso un misterio indefinible
Leonardo, y que presentan la temible
forma de la falaz, pérfida onda.

Oh labios, que murmuran temblorosos
dolores é ilusiones en plegarias;
y hacen pensar en naves solitarias
de templos sin altares y ruinosos.

Oh labios, sin color, secos, crispados,
que otro tiempo agitaron las pasiones
del alma con fogosas explosiones:
cráteres de volcanes apagados.

Labios que una sonrisa siempre pliega,
llena, igual, indefinida, — acaso
¿sois borde de un común impuro vaso,
párpados sois de una mirada ciega?



Cuarto Medallón

Labios en que verdades y mentiras,
ninguna huella dejan, é imposibles
expresan las blasfemias más terribles
como ardiente oración, gozos cual iras.

Labios, pétalos tenues, perfumados,
de una flor deliciosa, aunque culpables
y falaces, por vuestras inefables
dulzuras, seréis siempre deseados.



MANUEL BERNARDEZ ⁽¹⁾

LUZ.

I.

Cuando acabó la viejecita abuela,
Besó sus dedos con fervor, en cruz;
La linda pequeñita tuvo miedo
Y se acercó á reír junto á la luz.

II.

¡Ay te tento tan peo de la abela!
¡Te malo el hombre de la baba atú!
¡Teno medo, mamita, te me lleve!
¡No me atagués la lú!

III.

La niña dejó abierta la ventana;
El cielo estaba oscuramente azul;
La niña miró al bosque ansiosamente
Y dió un soplo á la luz....
Entró sonriendo el sol de la mañana
A la camita de cortina azul;
La niña se ocultó, porque tenía
Vergüenza de la luz.

IV.

Aquí es la tumba, Luz, dijo la abuela,
Y llorando cayó junto á una cruz.
.....
Al morir la infeliz, abandonada,
Quiso que á su hija le pusieran Luz.

(1) MANUEL BERNARDEZ llegó á ser un poeta popular en el país; sus versos se buscaban y todos esperaban de él, una obra fuerte, poderosa, marcada con el hondo sello de originalidad, de su temperamento. Pero sus versos fueron apenas balbucesos, la vida le envolvió y la ola política le arrastró á tierras extrañas. Allá no cantó ya, pero su prosa inspirada, llena de color y de fuerza cimentó la reputación del literato. En Montevideo, Bernardéz, fué diputado y periodista; en Buenos Aires ha llegado á ocupar uno de los primeros puestos entre los hombres de prensa. Ha publicado: *Claros de luna, 25 días de campo, La muerte de Artigas, La patria en la escuela, De Buenos Aires al Iguazú, Tambós y lecherías y La nación en marcha*. Sus versos ostentan un sello de originalidad y están empapados en intenso sentimiento.